

Mártires de El Salvador: unas bodas de plata que son de oro

El 16 de noviembre de 1989, en el campus de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) de San Salvador fueron asesinados los sacerdotes jesuitas Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín-Baró, Segundo Montes, Joaquín López y López, Amando López y Juan Ramón Moreno, junto con la señora Julia Elba Ramos, empleada doméstica, y su hija Celina Mariceth Ramos. Se cumplen, pues, veinticinco años de esta masacre y, con el motivo de estas bodas de plata, queremos ofrecer algunas reflexiones a nuestros lectores.

Lo haremos en tres momentos. Primero, con un sencillo ejercicio de memoria agradecida; como dice San Ignacio de Loyola, debemos pedir «conocimiento interno de tanto bien recibido para que, enteramente reconociendo, podamos en todo amar y servir» (*Ejercicios Espirituales*, n. 234). Segundo, ofreciendo un somero repaso del proceso judicial de estos asesinatos y unas breves reflexiones al respecto. Tercero, adentrándonos en algunas consideraciones de carácter teológico sobre el significado y el sentido del martirio contemporáneo. Terminaremos con una conclusión, que busca aplicar el ejemplo de estos hombres a nuestra vida.

Mártires de la fe y la justicia

El dramático asesinato de los jesuitas de la UCA hizo patente la coherencia y la rotundidad de unos hombres admirables. Su muerte nos acercó a su vida. Sin duda, el más conocido de todos ellos era Ignacio Ellacuría, rector de la Universidad; filósofo de gran altura y discípulo predilecto de Xavier Zubiri, fue también el creador en 1985 de la Cátedra de la Realidad Nacional de la

UCA, en la que se dieron cita políticos, sindicalistas, dirigentes populares y eclesiásticos. Su papel como analista social y político, así como su capacidad de interlocución con las partes enfrentadas, le convirtieron en un influyente actor en la convulsa vida salvadoreña de la década de los años 1980. Pero su inmensa figura no puede hacernos olvidar la significativa aportación de sus otros compañeros.

Ignacio Martín-Baró, vicerrector de la UCA, hizo contribuciones muy relevantes en el campo de la psicología social y comunitaria y, más concretamente, en la corriente de la psicología de la liberación, que sigue estudiándose y aplicándose en universidades europeas y norteamericanas. Segundo Montes fue un sagaz sociólogo y un ferviente defensor de los derechos humanos, que iluminó la realidad salvadoreña y centroamericana desde la perspectiva de las víctimas. El salvadoreño Joaquín López y López había sido el primer secretario general de la UCA y, posteriormente, dedicó su vida a la educación popular a través del movimiento Fe y Alegría. Amando López se dedicó a la formación de seminaristas y jesuitas jóvenes, desde la filosofía y la teología, así como al acompañamiento pastoral de comunidades rurales y periurbanas. La aportación de Juan Ramón Moreno, más discreto, se centró en el campo de la espiritualidad; fue, además, un excelente bibliotecario y misionero popular. Junto a los jesuitas martirizados, cayeron también dos mujeres laicas, simbolizando así su comunión profunda con el pueblo anónimamente masacrado durante décadas.

La vida, la entrega y la misión de los mártires de la UCA se entrelazan con su muerte, como fue el caso de Jesús de Nazaret y de tantos otros cristianos a lo largo de la historia. Sin salirnos de El Salvador, hay que mencionar, por supuesto, al arzobispo Óscar Arnulfo Romero, pero también al jesuita Rutilio Grande, cuyo asesinato en 1977 supuso un vuelco en la vida de Monseñor Romero, y a las cuatro misioneras norteamericanas asesinadas en diciembre de 1980. Posteriormente, debemos destacar, entre otros muchos, los martirios de los obispos Christophe Munzehirwa (R. D. Congo, 1996) y Juan Gerardi (Guatemala, 1998). Todos ellos hablan del compromiso eclesial por la paz, la justicia y la esperanza del pueblo sufriente, hasta el punto de derramar la sangre.

El martirio de los jesuitas de la UCA debe situarse, sin duda, en el contexto de la teología de la liberación. Conocidos son los debates y polémicas en torno a esta corriente, así como los dos documentos vaticanos acerca de algunos aspectos de la teología de la liberación (*Libertatis Nuntius* de 1984 y *Libertatis Conscientia* de 1986). Cuatro cosas queremos mencionar muy brevemente: una, la importancia de la opción por los pobres y la lucha por la justicia en la vida cristiana, como han recordado con claridad los últimos papas, Benedicto XVI y Francisco; dos, el subrayado de la lucha no-violenta por la justicia, como expresaron los mártires de la UCA hasta el final de sus vidas, en un contexto particularmente violento y conflictivo; tres, el paso de una teología solo de la liberación a una teología del martirio; y cuatro, que la coherencia de vida, sellada con la propia sangre, resulta ser más elocuente que las discusiones teóricas.

Mártires de la verdad y la reconciliación

Desde el punto de vista judicial, el caso de los jesuitas ha sido lento y complejo, con infinidad de dificultades. Es claro que el asesinato fue cometido por un pelotón del batallón *Atlacatl* de la Fuerza Armada de El Salvador bajo las órdenes del coronel René Emilio Ponce. En 1991, la justicia salvadoreña condenó al coronel Benavides como culpable de la muerte de los jesuitas y a Yussi Mendoza por el asesinato de las dos mujeres. Ambos fueron condenados a treinta años de cárcel, pero catorce meses después fueron amnistiados. De hecho, la aprobación de la Ley de Amnistía, el 1 de abril de 1993, ofreció un marco de protección a quienes cometieron delitos durante la guerra civil.

A partir de este momento, el caso adquirió una dimensión jurídica internacional. En 2003, la UCA y el Instituto de Derechos Humanos acudieron a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos para presentar una querrela contra el ex presidente Alfredo Cristiani y los altos militares del país, agotadas las vías de la justicia salvadoreña. Por otro lado, la *Asociación Pro Derechos Humanos de España* (APDHE), respaldada por el *Centro de Justicia y Responsabilidad* de Estados Unidos, presentó en noviembre de

2008 una querrela ante la Audiencia Nacional de Madrid, por la que fueron imputados quince militares, cuatro de ellos generales, por delitos de terrorismo. En 2011, el juez Eloy Velasco pidió la extradición de quince de los veinte militares salvadoreños implicados en la masacre. Sin embargo, el 8 de mayo de 2012 la Corte Suprema de Justicia de El Salvador denegó la extradición de trece de esos quince militares (los otros dos viven en Estados Unidos). Finalmente, ante la reforma de la justicia universal en España, la Audiencia Nacional acordó por unanimidad, en el mes de octubre de 2014, permitir que se siga investigando estos asesinatos, tanto por terrorismo como por lesa humanidad.

Como se ve, el camino para hacer justicia está siendo largo y tortuoso. Algunos preguntan: ¿Por qué empeñarse en seguir el caso judicialmente? ¿No deberían los jesuitas dar por cerrado el caso, abrirse al perdón y no buscar la condena de los responsables? La sangre derramada por los mártires, ¿no fue su última ofrenda para lograr la paz en su país, como de hecho ocurrió con la firma de los Acuerdos de Paz de Chapultepec, el 16 de enero de 1992, que pusieron fin a la guerra civil salvadoreña? Dos son, en nuestra opinión, los motivos por los que estas cuestiones esconden un argumento falaz.

En primer lugar, hay que manifestar con rotundidad que la reconciliación solo se construye sobre la verdad. Es imprescindible reconocer los hechos, asumir las consecuencias, identificar a todos los responsables (materiales e intelectuales), reparar el daño, dictar sentencia justa. Sin ello, el perdón y la reconciliación se convierten en palabras huecas que, más que ayudar a construir la paz, suponen una nueva ofensa a las víctimas. Y, en segundo lugar, un caso tan conocido y simbólico como el de los jesuitas de la UCA debe servir para ofrecer cierta cobertura a miles de víctimas anónimas, masacradas silenciosamente durante décadas, que nunca van a poder recibir un juicio justo en la tierra y que ven cómo sus verdugos viven amparados por la impunidad. Si ni siquiera en este caso, tan famoso y perfectamente documentado, se logra hacer justicia, ¿en qué situación de desamparo quedan las víctimas empobrecidas, a quienes el propio Ellacuría llamaba «el pueblo crucificado»? Lograr la justicia plena en el caso de los jesuitas de la UCA es una contribución imprescindible

para una auténtica reconciliación y pacificación. No queremos venganza, pero la sangre de nuestros mártires clama por una justicia ejemplar y disuasoria de actos criminales semejantes, en El Salvador y en tantos otros lugares.

Mártires de la Iglesia

El pasado mes de agosto, en el avión de regreso a Roma desde Seúl (Corea), el papa Francisco, en respuesta a un periodista que le preguntó acerca de la beatificación de Monseñor Romero, afirmó que la causa estaba ya desbloqueada y que, por tanto, «los postuladores deben moverse, porque ya no hay impedimentos». Pero el propio Pontífice aprovechó para pedir una reflexión más profunda a partir de este caso tan significativo: «lo que me gustaría a mí es que se aclare cuándo hay un martirio *in odium fidei*, por confesar el Credo o por hacer las obras que Jesús nos manda con el prójimo. Éste es un trabajo de teólogos, que lo están estudiando. Detrás de Romero está Rutilio Grande y hay otros. Otros que fueron asesinados que no tienen la misma altura de Romero; hay que distinguir teológicamente todo esto. Para mí, Romero es un hombre de Dios».

Aunque es evidente que no se trata ahora de resolver esta cuestión teológica que plantea el Papa, sí queremos ofrecer algunas reflexiones al respecto que ayuden a enfocar adecuadamente el tema y ofrezcan algunas pistas para seguir profundizando en él. Ya santo Tomás de Aquino se preguntaba si sólo la fe es la causa del martirio, y concluía que no es así. «A la verdad de la fe pertenece no sólo la creencia del corazón, sino también la confesión externa, la cual se manifiesta no sólo con las palabras por las que se confiesa la fe, sino también con obras por las que se demuestra la posesión de esa fe» (*Summa Theologiae* II-II, q 124, a3). Es evidente que, tanto los jesuitas de la UCA como Monseñor Romero, fueron asesinados por odio a la fe, una fe que se expresa en las obras. Se trata de una fe que exige la justicia y de una justicia que brota de la fe. Como recuerda el apóstol Pablo, «lo único que cuenta es una fe activa en la práctica del amor» (Gal 5, 6).

Ya en 1983 se preguntaba el teólogo alemán Karl Rahner: «¿Por qué no habría de ser mártir un monseñor Romero, por ejemplo, caído en la lucha por la justicia en la sociedad, una lucha que él hizo desde sus más profundas convicciones cristianas?».

Quizá sea Jon Sobrino, compañero de los mártires de la UCA y superviviente de la matanza, quien más haya reflexionado sobre el martirio en la teología contemporánea. Sobrino distingue entre los mártires activos (que sufren martirio como consecuencia de su seguimiento del Señor Jesús y son llamados, por tanto, mártires jesuánicos) y los mártires indefensos e inocentes, que plasman de manera pasiva la misteriosa salvación del Siervo sufriente de Yahvé, nuevamente encarnado como pueblo crucificado. Unos y otros conforman el Cuerpo de Cristo y son, por tanto, mártires de la Iglesia. En uno y otro caso, los mártires redimen de la mentira con su verdad; redimen de la crueldad con el amor; y mantienen viva la esperanza con su anhelo de bien.

Conclusión

Estos veinticinco años significan las bodas de plata de los mártires de la UCA, pero bien podríamos decir que son unas bodas de oro. La Iglesia siempre ha considerado el martirio como un honor supremo del cristiano, pues indica la plena identificación con la vida y la muerte de Jesucristo. La palma del martirio es señal de victoria ante el horror y la violencia. La palma es una corona de gloria cuyo valor no está, obviamente, en lo material. Con el apóstol Pedro podemos decir: «Plata y oro no tengo, pero lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesucristo el Nazareno, levántate y camina» (Hch 3, 6). Igualmente, podemos escuchar que los mártires nos dicen: «ponte en pie y sigue al Señor Jesús por los caminos del mundo». En palabras de Tertuliano, «la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos». Ojalá su ejemplo e intercesión nos ayuden a caminar en fidelidad, al servicio de la fe y de la justicia que esa misma fe exige. ■